

CONCURSO DE RELATO CORTO TIERRA DE MONEGROS 2021

PRIMER PREMIO

Pobre sangre

Salgo de la fonda con el anhelo de quien ama a un cadáver todavía vivo. He de conseguir, al menos, la mitad de un cuarto de jamón. No tengo ni un céntimo y en el colmado de Barba no nos fían desde hace dos meses. Entro al colmado de Barba.

—Barba —le digo—: jamón.

Barba me dice que no con un gesto.

—Barba —vuelvo a decirle—: jamón.

Barba niega otra vez, ahora de palabra:

—No —dice Barba.

Tiene ojos de zorrillo.

Hace muchísimo frío. No hay nadie en el colmado.

—Elenita se muere de tisis —le digo— y necesita comer jamón.

Pasamos hambre. Yo la llevo bien, el hambre, o mejor, pero mi mujer no la ha resistido y se muere de tisis en la fonda. El jamón la cura o ayuda a curarla, la tisis, porque alimenta mucho. La sustancia tan alimenticia del jamón capacita al organismo para matar el mal que agujerea los pulmones. Eso se sabe.

—¿Me vas a pagar la cuenta? —pregunta Barba y junta aún más sus ojos de zorrillo.

En la fonda también debemos dos meses, pero la patrona no es mala mujer. Hace dos meses se nos acabó la buena racha o aquello que decidimos mi esposa y yo que era una buena racha.

—Elenita se muere de tisis y necesita comer jamón —le repito a Barba y él aparta de los míos sus ojitos de zorro. Se ve que no le gusta lo que va a decir:

—Me trae sin cuidado —dice Barba—. Paga lo que debes y te abro otra cuenta.

La patrona de la fonda se llama doña Irene y tiene paciencia con nosotros, pero no mucha.

—No tengo un céntimo —le digo a Barba—. Apúntamelo.
Barba dice que no con la cabeza otra vez.

—Si quieres un vaso, te convido —me ofrece Barba—. Es lo único que puedo hacer por ti.

Iba a decirle que no quiero un vaso, que quiero jamón para Elenita, la mitad de un cuarto, al menos; pero Barba ha cogido la botella de vino.

—Sí, Barba, gracias, sí quiero un vaso, muchas gracias.

Barba es viudo y se siente muy solo, creo. Llena dos vasos de tinto y dice que va a llover.

—Va a llover.

—No sé —le digo a Barba—. Frío hace hoy para rabiar, eso sí.

—Va a llover —repito Barba—. Salud.

—Salud, Barba —repito yo—. Gracias, Barba.

Bebemos. Barba bebe medio vaso y yo algo más de medio. Ojalá me ofreciera un cigarro.

—¿La ha visto el médico? —me pregunta Barba.

Elenita es mucho más joven que yo, veintipocos años tiene, no me acuerdo exactamente. La amo con todas las fuerzas de mi pobre sangre. Nos casamos en el 48. No tenemos hijos, por suerte.

—Sí —le miento—, la ha visto. Y tiene tisis, Barba, mi mujer tiene tisis, la ha cogido por el hambre.

Barba chasquea la lengua, lamentándose.

El colmado huele que alimenta, pero no alimenta. Si el olor del colmado alimentara, yo traería aquí a Elenita a que respirase todos los días. Traería en

mis brazos su cuerpecito de pelusa moribunda y lo sentaría en una silla para que se alimentara bien con la respiración, con el olfato. Eso Barba no podría cobrármelo ni podría impedírmelo.

—¿Qué escribes ahora? —quiere saber Barba. A Barba le gustan mis poesías y los artículos que de vez en cuando me publica el periódico.

—Nada, Barba —le digo—. No tengo ánimos.

Barba me rellena el vaso y se lo rellena él. A mí me echa menos.

—Vaya por Dios —dice.

Ojalá Barba me convide a un cigarro.

—Es la verdad, Barba —le digo—, no tengo ánimos. Ni para escribir ni para nada.

—Pues hay que tenerlos —me aconseja Barba.

Entra una vieja a por un cuarto de habas secas.

—Dame un cuarto de habas secas —pide la vieja.

No ha saludado antes de pedir las ni la ha saludado Barba.

—Qué ánimos voy a tener, Barba —le digo—, qué ánimos voy a tener.

Barba no me dice nada. Le pesa a la vieja las habas secas y le cierra el cartucho. La mira compasivamente mientras la vieja se marcha con su compra pegada al hombro.

—No te ha pagado, Barba —le aviso—, ni te ha dicho que se lo apuntes.

Barba saca un cigarro.

—Es mi madre —me dice y no me ofrece tabaco, se guarda la petaca.

—Ah.

A Barba se le murió la mujer de una puñalada que le pegó en el pescuezo un hermano suyo, cuñado de Barba, que estaba loco. Esto me lo contó Barba una vez, tragándose el lloro, hace tiempo, cuando nos fiaba y Elenita estaba sana.

—Pues tienes que escribir —me aconseja Barba—, se te da muy bien.

—Gracias, Barba, pero no tengo ánimos.

Miro la botella de vino y Barba la coge y la retira de mi vista.

—Que tengas suerte —me desea.

Miro su cigarro encendido, que huele muy bien.

—¿Me das uno, Barba? —le pido, bajando la voz.

Barba mira el cigarro entre sus dedos y sonrío. Es una sonrisa amarga. Barba le da una calada y me sopla el humo a la cara con suavidad, con mucha suavidad, como si quisiera acariciarme la cara con el humo. Huele estupendamente ese tabaco que fuma Barba.

—No, ya está bien —me dice.

El abrigo no me abriga, es un abrigo finito de puro raído que ya es incapaz de abrigar. Ha comenzado a lloviznar, como ha predicho el del colmado. Los dos tintos me han infundido algo de fuerza y camino deprisa por las calles oscurecidas. Sé a dónde voy. Puede que consiga dinero. El del colmado me ha dado la idea. La redacción del periódico está a unos quince minutos de camino, no he comido desde anteayer, pero el vino me ha dado fuerza, algo de fuerza, aunque no calor, tengo mucho frío. La llovizna son agujitas de hielo. Me atraviesan el gorro de lana y me pinchan el cráneo. Anteayer, Elenita y yo comimos castañas, un buen cucurucho que me regaló un militar por la calle, era un militar descolorido. Yo corrí a la fonda con el cucurucho de castañas debajo del abrigo, en el sobaco, para que no se enfriaran, y se las pelé y se las di casi todas y todavía calentitas a mi mujer, pero al cabo de un rato las vomitó, con sangre, en la escupidera. Elenita es tan hermosa que ni la tisis puede con su belleza. Siempre fue delgadita, me gustaba así, pero ahora se ha vuelto esquelética, y la tos la está matando, tos con sangre, como el vómito. A veces me dan ganas de lamer esa sangre y morir con ella de tuberculosis, de su tuberculosis. Lamería la sangre, me acostaría junto a ella, pegadito a ella, abrazadito a ella, le haría el amor muy despacito por última vez y me fundiría con su medio cadáver para irme detrás de Elenita. Yo solo no voy a poder vivir. Me seco las lágrimas con la manga antes de entrar en la redacción del periódico.

—Buenas tardes, Venancio —saludo al conserje, tiritando de frío.

Venancio está leyendo una novela del Oeste.

—¿Qué quieres? —me pregunta.

Venancio es antipático con todo el mundo.

—Vengo a hablar con don Elías —le digo.

No es que sea antipático, sino más bien seco. Hay hombres que no tienen simpatía porque carecen de ella, no porque no quieran darle uso, es porque están secos, no porque no quieran ejercitarla. La prueba es que Venancio se levanta, servicial, chepudo, y va hacia la puerta acristalada de la redacción a dar el aviso de mi demanda a don Elías. El jaleo laborioso de las máquinas de escribir se escapa un momento antes de volver a ser encerrado. Se está calentito aquí. El conserje no tarda en volver.

—Ya viene —me dice Venancio y se sienta y reanuda la lectura de su novela del Oeste.

Don Elías es el redactor jefe del periódico. Se alegra de verme.

—Hombre, qué me traes —me dice don Elías.

El redactor jefe del periódico es un hombre joven, incluso algo más joven que yo, y nunca lo he visto con chaqueta, siempre de camisa y con tirantes. Brilla un poco; todo le brilla un poco a don Elías.

—No le traigo nada, don Elías —le digo—. Vengo más bien a que me dé, si puede ser.

Don Elías casi siempre sonrío como ahora, en amplio. Y brilla.

—¿Y eso? —pregunta—. ¿A que te dé por dónde?

El conserje Venancio se ríe fuerte, como si en la novela del Oeste hubiese leído algo desternillante. Yo me pongo nervioso.

—Verá, don Elías, mi mujer se está muriendo de tisis y necesito llevarle mitad de cuarto de jamón, al menos.

El conserje Venancio carraspea ahora como si en la novela del Oeste hubiese leído algo muy serio, algo muy grave. Yo me pongo más nervioso.

Don Elías se aleja de mí medio metro.

—Pero esto no es una charcutería, amigo —me dice don Elías—. Si quieres un poco de papel y de tinta, eso sí te puedo dar. De eso nos sobra.

Procuro sonreír, pero no me sale porque me he puesto nervioso y me ha vuelto el frío, a pesar de que se está calentito aquí adentro, o se estaba.

—Ya sé que esto no es una charcutería, don Elías —le digo al redactor jefe del periódico—. Y papel y tinta tengo, de momento, por suerte, muchas gracias por el ofrecimiento. Pero eso no se come, don Elías, el papel y la tinta no se comen.

Don Elías, inopinadamente, le pega un manotazo a la novela del Oeste que está leyendo el conserje Venancio y se la tira al suelo.

—Si no tienes nada que hacer —le dice, casi sin cariño—, no lo demuestres delante de este señor.

Venancio es viejo, podría ser su abuelo, nuestro abuelo, de don Elías y mío, pero se pone colorado y tartamudea una disculpa, parece un niño. Yo no sé qué hacer. Me pongo más nervioso aún. El redactor jefe vuelve a mirarme como siempre, con su sonrisa amplísima, con sus brillos, pero yo me he puesto más nervioso y tengo más frío—. Dime entonces a qué vienes, en qué puedo ayudarte.

Recojo del suelo la novela del Oeste y la pongo sobre la mesa del conserje Venancio.

—Vengo a ver si me puede adelantar el pago del próximo artículo que le traiga —le digo a don Elías.

El conserje no me ha agradecido el gesto, no es un hombre simpático, es un hombre seco y además lo acaban de humillar, pero supongo que se sentirá más tranquilo con su novela en la mesa.

Don Elías se echa a reír. Cuánto ríe la gente.

—Eso no lo hacemos aquí, hombre.

No puedo dejar de tiritar, apenas me es posible hablar por el frío que tengo. ¿Me habrá sentado mal el vino?

—Es que quiero comprarle jamón a mi mujer, don Elías, y no tengo un céntimo —le digo. Procuró vocalizar bien para que el redactor jefe me entienda, la tiritona es fuerte—. Se me muere de tisis, don Elías. No come.

El jefe de redacción se aparta decididamente de mí.

—Tú también estás enfermo. Vete al hospital.

Me ciño el abrigo que no abriga, me lo ciño inútilmente para tratar de no temblar tanto como estoy temblando. Qué vergüenza da temblar tanto.

—No, yo no. Es frío, don Elías, es sólo frío, se lo prometo. Y nervios. Estoy muy nervioso por venir a pedirle esto, perdóneme usted.

La novela del Oeste que reposa sobre la mesa del abochornado conserje Venancio es de la colección Rodeo, la cubierta tiene muchos colorines.

—No te vamos a adelantar nada. Trae un artículo y, si nos gusta, te lo publicamos y lo cobras, como siempre hemos hecho—dice don Elías, sin sonreír ya. Le ha entrado prisa por volver a la redacción, a su mundo.

La novela de colorines que leía Venancio antes de que se la arrancasen de las manos tan bruscamente se titula *Los forasteros del valle*.

—Comprendo, don Elías —le digo—. Pero, ¿no pueden hacer una excepción? Yo le traigo el artículo mañana mismo o pasado mañana. No tengo muchos ánimos para escribir, pero puedo hacer un esfuerzo.

La novela del Oeste, en cuya portada de colorines aparecen dos pistoleros, uno de ellos pegando un tiro, el otro mirándole la nuca con ojos aviesos al que pega el tiro, la ha escrito un tal Joseph Hershell.

—¿Y por qué íbamos a hacer una excepción contigo? —quiere saber el jefe de redacción, sin sonreír ya, mirándome de arriba abajo y alzando un poco la voz para hacerse oír por encima del jaleo de las máquinas de escribir que se escapa por la puerta abierta de la redacción.

—Porque mi mujer se muere de tuberculosis y necesita comer jamón urgentemente, necesita alimentarse, don Elías, por eso —le vuelvo a decir, pero como no vocalizo bien, por la tiritona, y el tecleo de la redacción es fortísimo y yo no puedo ni debo levantarle la voz al redactor jefe del periódico, don Elías no me oye y desaparece, camino de sus quehaceres.

—Ese cabrito se va a enterar cuando me jubile —dice el conserje Venancio, pero sin rabia ni enfado algunos.

—Bueno, Venancio, adiós, buenas tardes, casi noches ya —me despido de él.

Lo mismo Venancio también carece de rabias y enfados, está seco de ellos, y por eso tampoco le es posible manifestarlos.

—Espera —me detiene.

Se me ha pasado la tiritona, de pronto, en cuanto se ha ido don Elías. Vuelve a hacer calorcito aquí adentro.

—Dime, Venancio.

El conserje de la redacción del periódico en el que a veces me publican y me pagan artículos, cuando tengo ánimos para escribirlos, me alarga la novela *Los forasteros del valle*, de Joseph Hershell, de la colección Rodeo.

—Toma, para ti. No me está gustando mucho. Prefiero al Marcial. Cojo la novela, algo decepcionado.

—Gracias, Venancio.

Por un instante he creído que el conserje me iba a dar un poco de dinero.

—Vete a las monjas, lo mismo pueden ayudarte —me dice.

Me guardo la novela en el bolsillo del abrigo.

—¿A qué monjas? —le pregunto a Venancio. Yo no entiendo mucho de monjas.

—A las *nosequé* de la caridad, ahí en la calle Cardenal Garzón —me indica el conserje—. Sé que ayudan a pobres, o eso dicen.

Conozco la calle Cardenal Garzón, está aquí al lado.

—Bueno, voy a probar —le digo a Venancio—. Gracias, amigo.

Venancio bosteza para responderme que no hay de qué.

—Ya me dirás en qué falla esa novelucha —me pide el conserje cuando todavía no se le ha acabado el bostezo—, tú que eres escritor.

—Descuida, Venancio, ya te lo diré —le prometo.

Ha dejado de lloviznar, la predicción de Barba no ha sido muy sólida. En la calle Cardenal Garzón vivió un tiempo un hermano mío que era sombrerero, tenía una sombrerería, lo mataron en la guerra los insurrectos. Ya es de noche y el frío me chilla en los huesos. Elenita y yo no hemos tenido hijos porque

parece ser que mi simiente no vale, padecí unas graves paperas durante el desarrollo, pero siempre lo hemos agradecido, que mi simiente no valga, porque siempre hemos sido muy pobres, aunque no tanto como ahora. Antes de ahora el hambre era menos y ambos estábamos sanos. Las cosas fueron empeorando. Antes vivíamos de alquiler en un piso interior y yo era mozo en una papelería, ahora no tengo trabajo porque me echaron, por flojo, y hemos de vivir de fonda sin derecho a manutención, una fonda tan mala que ni siquiera tiene nombre, aunque doña Irene aún se porta bien con nosotros. Mi mujer le ha limpiado la casa mientras ha podido. Cuando me echaron por flojo de la papelería me juré que iba a ser escritor, poeta, novelista, mi vocación, y que iba a llegar lejos en el mundo de las letras, tanto o más que Camilo José Cela o que Azorín o que Leopoldo Panero. Elenita me apoyó y la fonda de doña Irene le gustó más que el piso interior porque el patio de luces al que da la única ventana es mucho menos triste, se halla mucho menos desconchado que el que teníamos en el piso. Recién mudados a la fonda sin nombre gané una flor natural en Cádiz por un poema mío y me ingresaron en la cartilla cinco mil pesetas. Qué comilona nos dimos mi mujer y yo en el restaurante La Olla de Ramona, cuánto jamón pudo meterse en el cuerpo Elenita aquel día, y qué buen vino. Los versos se me dan muy bien, cuando tengo ánimos para componerlos; pero poesías no me quiere publicar el periódico, don Elías dice que son un desperdicio de papel. El convento que hay en la calle Cardenal Garzón es un edificio más bien moderno, pero ya sórdido.

—Buenas noches —le digo por el portañuco enrejado de la puerta a la monja que tanto ha tardado en abrirlo y a la que apenas veo porque está oscuro y ella es baja.

—Se dice Ave María Purísima —me corrige la monja, sin desabrimiento, tiene la voz niña.

—Usted perdone. Ave María Purísima —obedezco.

—Sin pecado concebida —responde la monja. No soy hombre religioso, soy hombre más bien ateo, pero no anticlerical. Allá cada uno—. ¿Qué deseas?

—Apenas la veo a usted, hermana —le digo—. ¿No puede abrirme la puerta, si no es molestia?

Sobre todo porque hace muchísimo frío y andando se soporta, pero parado no se puede estar.

—Es muy tarde. A estas horas no abrimos a nadie. ¿Qué deseas?

Las ocho de la tarde deben de ser para las monjas como las doce o la una de la noche para los seglares, es comprensible, madrugan mucho, se despiertan con el sol.

—Mi esposa se muere de tisis por no alimentarse bien —le digo— y necesito comprarle al menos la mitad de un cuarto de jamón, para que coma.

La monja de corta estatura que apenas veo en la oscuridad del portañuco enrejado no dice nada durante un rato. Es como si se hubiese retirado dejándose el portañuco abierto o como si estuviera reflexionando de largo sobre el sentido de mis palabras. Por fin oigo su voz de niña:

—¿Cómo se llama tu esposa?

—Elenita. Elena. Elena Martínez Sanjuán.

La monja vuelve a guardar silencio otro buen rato.

—Rezará por ella —dice la monja.

Siento un poco de ira, pero la mato a tiempo.

—Se lo agradezco muchísimo, hermana. Lo que pasa es que a lo mejor no es suficiente.

La monja se ríe como una chiquilla.

—Claro que no es suficiente —dice y se vuelve a reír.

—¿Usted me podría ayudar? —le pregunto a la risa infantil, la cual está creciendo demasiado, ya es ofensiva.

—¡Claro! —dice la voz de niña, muerta de risa—. ¡Rezando! Verás: jamón nuestro que estás en los techos, santificado sea tu tocino, venga a nosotros tu...

Las risotadas de la monja que apenas veo son ya escandalosas, chillonas. No entiendo nada. Lo entiendo todo cuando el portañuco se ilumina y oigo una

voz de vieja que insulta a la enana, «¡sinvergonzona!», le dice y oigo que le pegan a la monja que apenas veía, «¡boba, boba, sinvergonzona!», añade la voz de vieja sobre los quejidos de la voz de niña, quejidos como los de los perros cuando los patean, quejidos que se alejan de mis oídos como los de los perros pateados cuando huyen a lamerse el dolor. Ahora sí veo por el portañuco una cara de anciana enmarcada en una toca. La otra me estaba tomando el pelo.

—Perdone —me dice.

—Ave María Purísima —le digo.

—Sin pecado concebida —responde la monja vieja—. Es una pobrecita loca de Burgos que se nos escapa de vez en cuando y juega a las hermanas porteras. ¿Qué desea?

Tengo las piernas congeladas. No entiendo a qué viene lo de Burgos. —
¿Puede abrirme, hermana? Hace muchísimo frío.

La monja vieja dice que no con la cabeza. Tiene el rostro duro y la mirada limpia.

—Es muy tarde. A estas horas no abrimos a nadie. ¿Qué desea?

La niña impostora que se ha guaseado de mí se sabía muy bien su papel. Solo que ella me tuteaba.

—Mi esposa se muere de tisis por no alimentarse bien —le digo— y necesito comprarle al menos la mitad de un cuarto de jamón, para que coma.

Como me pregunte cómo se llama Elenita, me marchó. Si es que puedo andar. No aguanto más el frío.

—Espere —dice la monja vieja de la mirada limpia, del rostro duro, y cierra el portañuco enrejado.

Yo flexiono las piernas y me echo vaho en las manos y me las froto. No llevo los mitones porque se los puse sobre los guantes a Elenita. Tiene las manos amoratadas, en el cuarto no hay calefacción de ninguna clase y al infernillo en el que hervíamos agua en una lata para caldear el ambiente se le acabó el gas. Yo hice fuego en la escupidera, pero doña Irene olió el humo y

se puso tremenda, por poco no me sacude con la escoba. No quiere lumbres en su casa y razón no le falta, podríamos atufarnos, además, o quedarnos sin oxígeno. Yo le pedí una estufa a doña Irene, se la exigí, creo, creo que se la exigí, y ella me dijo que me la comprara yo y me llamó vago y haragán y poetastro, como de costumbre. La patrona de la fonda sin nombre en la que vivimos mi esposa y yo sin derecho a manutención es una mujer gordísima y asusta de lo fea que es, yo nunca había visto unos pelos como los que ella tiene, de noche la veo venir por el pasillo con esos camisonazos que se pone y me espanto por dentro. Dicen que fue prostituta. Para quitarme el frío y recuperar las piernas, en tanto aguardo a que se vuelva a abrir el portañuco, me pongo a dar brincos a la puerta del convento de la calle Cardenal Garzón. No hay un alma, claro, quién va a salir con este frío, es un frío crudísimo el que está haciendo estos días. Tan sólo ha pasado un vagabundo más zarrapastroso que yo y me ha escupido a los pies. Doña Irene nos aguanta la deuda y no nos echa a la calle ni llama a la policía porque le tiene mucho aprecio a Elenita, congeniaron muy bien desde el principio. Cuando estaba sana y le limpiaba la casa, doña Irene le daba para picar a mi mujer comida de la que cocinaba para ella. En la fonda ninguno de los seis huéspedes que estamos tenemos derecho a pensión por la miseria que pagamos. El que más y el que menos pasamos hambre, es muy duro tener tanta hambre casi siempre y oler los guisos de la patrona, sus cenas, el café y el pan tostado por las mañanas, parece mentira que a estas alturas del siglo veinte se pueda seguir pasando tanta hambre y tanta penuria y tanta necesidad y que el Régimen no nos ayude a los literatos que ya no podemos más con nuestras almas, pero no me quiero enredar en política. El portañuco enrejado se abre.

—Toma —dice la monja vieja—. No es muy fresco, pero es lo que hay.

Por la cruz de la reja del portañuco asoma un paquetito plano de papel blanco muy delgado, un papel como el que hay dentro de las cajas de regalos finos.

—Muchísimas gracias, hermana. ¡No sabe cuánto se lo agradezco, por Dios!

Es raro que yo nombre a Dios, pero es que tengo ganas de llorar.

—Nada, hombre, nada —le quita importancia la buena monja—. ¿Cómo se llama su esposa?

Además, quien me ha ayudado es una religiosa, no me cuesta darle gusto nombrándole a Dios después de lo que acaba de hacer por mí.

—Elenita. Elena. Elena Martínez Sanjuán —le digo, casi llorando.

—Rezaré por ella, para que se mejore.

El jamón está muy duro, lo aprieto un poco y está muy duro, parece una suela, pero es jamón.

—Sí, sí, rece usted, hermana. Seguro que se mejora. Con el jamón y su rezo, mi Elenita se va a mejorar.

Habrá menos de la mitad de un cuarto, pero bueno, es lo que ha podido darme esta caritativa mujer.

—¿La quieres mucho?

A mí siempre se me abre el pecho cuando digo esto, lo que voy a decir:

—La quiero con toda mi pobre sangre, hermana.

La monja del rostro duro y la mirada limpia sonrío como sonrió mi madre cuando conocí a Elenita y le hablé de ella y le dije lo mismo: que la quería con toda mi pobre sangre.

—Eso es lo que tienes que hacer, quererla, quererla mucho y siempre —dice la monja—. Ten buena noche, hijo. Ve con Dios.

La monja ya se dispone a cerrar el portañuco enrejado de la puerta del convento.

—Espere —la detengo—. ¿Cómo se llama usted, hermana?

La monja embute la boca vieja en uno de los cuatro cuadrados de la reja en forma de cruz del portañuco y, abriendo mucho los ojos limpios, me hace con los labios duros una pedorreta larga. Vuelvo a no entender nada. Y no puedo

preguntarle a qué viene esto porque la religiosa ya ha cerrado el portañuco, con cierta brusquedad.

—¡Muchas gracias! —grito, no obstante.

Y corro a la fonda, corro a mi Elenita, con su jamón. Pero antes me paro en la redacción del periódico. El conserje Venancio está leyendo el *ABC*.

—¡Mira, Venancio! ¡Las monjas me han dado jamón! —le digo, loco de contento como estoy.

Se está calentito aquí adentro.

—¿Lo ves? —dice Venancio—. Ya te decía yo.

Se abre de golpe la puerta de la redacción, sale en tropel el jaleo de las máquinas de escribir, asoma la cabeza sonriente de don Elías, el redactor jefe, como si me hubiera oído y me estuviese esperando.

—¡Mire, don Elías! —le digo, mostrándole el paquetito tan blanco y tan duro y tan suave—. ¡Las monjas me han dado jamón!

—Eso está muy bien —aprueba don Elías con su amplísima sonrisa y sus tirantes—. ¿Cuándo me vas a traer un artículo de esos tuyos?

Yo olfateo el paquete, pegándomelo a la nariz. Huele un poco a rancio, pero es lo único que he conseguido. No puedo pedir más.

—Mañana mismo —le prometo al jefe de redacción.

Ahora tengo ánimos. Muchos.

Don Elías amplía la sonrisa, vuelve a meter sus brillos en la oficina y cierra la puerta. El tecleo de las máquinas de escribir se vuelve opaco otra vez. Me despido del conserje y corro a la fonda, a mi Elenita, para que coma su jamón. Mejorará, se va a mejorar, se va a mejorar, hay que confiar en que se va a mejorar. La fonda sin nombre de doña Irene está ahí mismo, ando muy deprisa. Antes de entrar al portalón tan oscuro y sucio de la fonda me paso por el colmado de Barba, que está a punto de cerrar el establecimiento.

—¡Barba, mire, he conseguido jamón, me lo han dado las monjas!

Barba se está fumando otro cigarro. A mí ya no me apetece, por aromático que sea. Qué bien huele, caray.

—¿Qué monjas? —quiere saber Barba.

—¡Las del convento de la calle Cardenal Garzón! —le digo.

—Ah —dice Barba y me arrebató el paquete de fino papel de regalo, como el de las cajas de las medias de lujo. Lo abre. Lo mira aprensivamente con sus ojos de zorrito experto. Lo olisquea. Yo no lo quiero mirar—. Esto está malo, hombre.

Me echo a reír.

—Está mejor que el que usted me ha fiado —le digo y le quito el jamón. Capaz es de sobarlo.

Barba hace como que no me ha oído.

—¿Quieres un vaso? —me ofrece. Me lo pienso. No lo quiero.

—No, Barba, muchas gracias. No quiero un vaso. Quiero ir a la fonda a darle de comer jamón a Elenita.

—Como prefieras —dice Barba, sin importarle absolutamente nada que le haya despreciado el vaso.

—¡Me han encargado un artículo para el periódico! —le anuncio, tan feliz como estoy.

—Ah, pues ya lo leeremos —me promete Barba—. Tú escribes muy bien, a mí me gusta cómo escribes.

Enfrente del colmado, la anciana madre de Barba está sentada en la acera y se mete habas secas en la boca, las va sacando del cartucho una a una con dedos temblorosos y se las va metiendo en la boca, pero no las mastica, es como si tragase grajeas. La saludo con la mano y no me responde, aunque me ha visto. ¿Qué hace una mujer tan vieja sentada en el suelo una noche tan fría? Estará esperando a que el hijo viudo cierre el colmado para irse los dos a casa a cenar. Mi madre se ahorcó con mi padre hace cuatro años, en el cincuenta y uno, los dos se colgaron de la misma cuerda, con los cuellos metidos en el mismo lazo, abrazados, porque se amaban muchísimo y eran gente de ideas y el Régimen no se debilitaba, al contrario, Europa no hacía nada por España. Corro al portalón de la fonda y subo deprisa al primer piso.

Está el presentimiento de que me voy a encontrar muerta a Elenita, claro que sí, de que puedo haber llegado tarde y ya no me sea posible hacer otras cosa más que gestionar en el Ayuntamiento el entierro de beneficencia, está el presentimiento de que Elenita ya no respire y a mí se me reviente la vida. Cuando salí a por el jamón, hace dos horas, Elenita, Elena, Elena Martínez Sanjuán casi agonizaba. Doña Irene ocupa toda la anchura del angosto pasillo, ella no se va a poner tuberculosa de ninguna de las maneras, con esas arrobos sobrealimentadas es del todo imposible. La patrona no tiene cara de que Elenita haya fallecido en mi ausencia, no, no la tiene: me mira, entre sus pelos, con la inquina de siempre, eso es bueno; yo no le caigo bien, por escritor y por vago y por deberle dos meses.

—¡He conseguido un poco de jamón, doña Irene! —le digo, acercándole el paquetito.

—¿Tú has conseguido...? —se asombra la gordísima y feísima patrona de la fonda sin nombre y lo aparta de sí con la mano, como si le importara un pito mi logro, lo echa a barato—. ¡Dios mío, se ha caído un santo!

Me gustaría preguntarle cuál santo se ha caído, pero prefiero ir a darle de comer a mi mujer. En el cuarto hierve con alegría la lata de agua puesta sobre el infernillo. Doña Irene es muy buena persona y tiene mucha paciencia con nosotros, conmigo, aunque no me trague, pero mi joven esposa la conquistó, tan delgadita y tan guapa y con esas maneras tan modosas que ha tenido siempre, que parece de familia bien.

—Mi amor, te traigo jamón —le digo en voz baja, su respiración es ruidosa, como un serruchito despaciosos cortando un palo, el embozo de la manta está perdido de sangre fresca sobre sangre seca, la que le sale por la tos y los vómitos, Elenita abre los ojos a medio morir—. El jamón te va a alimentar mucho y te vas a poner mejor. ¿Me oyes, mi vida? Me lo han dado las monjas. No es como el de La Olla de Ramona, ¿te acuerdas?, pero jamón es. Voy a cortártelo en trocitos para que lo puedas comer bien, sin esfuerzo. ¿Lo quieres a cuadraditos o a tiritas?

La veo sonreír. Sonríe. Elenita me ha sonreído y su sonrisa aún persiste, como su pulso y su ahogo, mientras con la punta de una navaja le quito los gusanos blancos y escurridizos, bien criados, a la gruesa y tiesa loncha de jamón. Mi mujer sonríe, continúa sonriendo, sonríe y tose bocanadas rojas como las diosas que estremecen y alegran y espantan a las estrellas de su reino. Y yo sollozo y gimo y la quiero con la absoluta totalidad de mi pobre sangre. Se lo voy a cortar en tiritas.

SEGUNDO PREMIO

De repente, el último verano

“La belleza y el placer son el meollo de la enseñanza. El mejor maestro es el que quiere que halles significado en las cosas que a él le proporcionan placer, también, para que la apreciación de esa belleza siga viva cuando él ya no esté. En este sentido –porque procede de la aceptación de la inevitabilidad de la muerte–, la buena enseñanza es como la buena paternidad.”

Daniel Mendelsohn, UNA ODISEA

Mi padre fue sin duda uno de los primeros tour operadores de la historia. Él negaba que tal honor le correspondiera y citaba como precursores de tan excelsa actividad a los adeptos del apóstol Santiago, que allá por el siglo XII colocaron en el mapa de la cristiandad el concurrido camino que hoy lleva su nombre. Ellos fueron, según mi padre, los primeros planificadores de rutas inéditas, viajes a destinos místicos, peregrinaciones jacobeanas o improvisadas convivencias de índole pastoral. Aunque siendo sinceros, nada de eso tenía que ver con él. Lo que mi padre planificaba –y lo hacía a conciencia–, a pesar de que luego las cosas no salieran según lo previsto, era el viaje al pueblo de todos los veranos.

En su cabeza, el Alicante que nos acogió cuando nos trasladamos a estas tierras a finales de los años 60 y su Asturias natal, se comunicaban entre sí mediante una línea recta con más de 900 kilómetros de rayas continuas y discontinuas pintadas en el asfalto, cientos de badenes ondulantes como olas e interminables hileras de postes de la luz o del teléfono. Mi madre, mis dos hermanas y yo, solo teníamos que confiar en sus dotes de avezado expedicionario y ponernos en sus manos, que él ya pondría las suyas en el volante del *pájaro azul* –cómo gustaba llamar a su flamante coche– y nos guiaría hasta la cantábrica playa prometida como si de un mesías se tratara.

–En menos de 12 horas, buceando junto a los algares del puntal y cogiendo pulpos en el malecón de “La griega”, –decía el hombre cada 1 de agosto con el cinturón de seguridad bien ajustado y todos ya dentro del coche. La realidad, sin embargo, insistía un verano tras otro en quitarle la razón y hacerle ver que, si circunvalaba Madrid atravesando la M30 y salía de ella por la carretera de Extremadura o por la A1, dirección Burgos, lo normal era circunvalar horas más tarde todo el País Vasco, entrar en Cantabria por el puerto de Saltacaballos y hacer noche en Laredo, para llegar al pueblo un día y medio después, tras haber recorrido 1.200 kilómetros por carreteras secundarias hacinados como gallinas ponedoras.

Mi padre tuvo en su corta vida, que yo recuerde, un único vehículo. Un Seat 124, azul metalizado, que tuneó a su manera cuando cambió el volante de serie por uno deportivo, puso en la cabeza de la palanca del cambio de marchas una flor disecada, cubrió los asientos con una tapicería de polipiel fucsia y colocó en el cristal trasero una pegatina con el escudo del *Sporting*. Recuerdo ese vehículo –para nosotros, casi un platillo volante– con cierta nostalgia, porque en él viajamos todos juntos al pueblo por última vez.

Ese año, al iniciar nuestra particular odisea, calcamos una por una las rutinas de años anteriores: madrugón y salida a las cinco, parada para aliviar vejigas en Quintanar de la Orden, y desayuno –casi continental– a base de leche con cola-cao, tostadas bañadas en aceite virgen y croissants a la plancha bien untados de mermelada. Antes de retomar el viaje, papá revisó el aire de los neumáticos y mamá compró una caja de “Miguelitos” de la Roda que custodió a buen recaudo bajo su asiento para que llegaran intactos a la merienda.

El viaje al pueblo de todos los veranos contenía en sí mismo la incertidumbre de las grandes expediciones. Nunca sabíamos los obstáculos con los que nos íbamos a encontrar, ni las horas que emplearíamos en coronar la playa prometida y pinchar en ella nuestra bandera de ilustres veraneantes. Lo que sí sabíamos es que se tardaba más tiempo por carretera desde Alicante a Asturias que desde Madrid a Pekín o a California con cualquier compañía de vuelo. En cierto modo, nuestra travesía por el asfalto tal vez no tuviera la relevancia ni el brillo de los grandes viajes a destinos exóticos, sin embargo, mi padre ya se encargaba de magnificarlo y convertirlo en épico, porque él, a la vida, le reclamaba precisamente eso, la épica que no había concurrido ni en la suya ni en la de sus ancestros. Amaba ese trayecto, la sensación de recorrer con nosotros el país de punta a punta, de gobernar una nave cósmica, de ser por unas horas el dueño del astrolabio, el insobornable Odiseo haciendo oídos sordos a nuestros cantos de sirena para que cambiara de música o bajara las ventanillas. Amaba esa excitante travesía y amaba los paisajes cambiantes, los cielos despejados, las risas de la prole y la complicidad de mi madre, que le seguía la corriente en todo cuanto decía o hacía –por absurdo que fuera–. Sí, amaba el trayecto más incluso que el destino final, a pesar del enamoramiento confeso hacia su entrañable pueblo. Pensaba que en ese *road movie* familiar se fundían la belleza del mundo y la memoria de un azar primigenio. Cualquier posible querencia mía hacia esa forma de viajar, proviene de él. Esa es su huella. Una de tantas.

Cuando ahora me preguntan cómo era mi padre, suelo responder con otra pregunta *¿Cuántos hombres conocéis capaces de sostener el mundo sin esfuerzo?* Pues bien, mi padre era uno de esos hombres. Y era también muchos otros y todos bien avenidos, aunque contradictorios. Tenía un buen ojo para elegir las ciruelas en su punto de acidez perfecta (lo cual no es sencillo) y cierta intuición a la hora de inventar y preparar cócteles o distintas clases de canapés con anchoas, mahonesas, ahumados y todo tipo de encurtidos. Además, era un

volteriano convencido y un navegante atento y vitalista que defendía que el valor de la vida no debía medirse cuantitativa, sino cualitativamente. Creía en la supremacía de las dudas sobre las certezas y en el eterno cuestionamiento de las cosas, por eso le resultaba inconcebible que alguien pudiera adorar ciegamente a un dios, y menos aún, a un Caudillo. Por lo demás, le gustaba entrar en casa silbando y haciendo tintinear las llaves, o cantar a lo *Rigoletto* mientras regaba las macetas de geranios que adornaban y aromaban nuestra minúscula terraza con vistas a la plaza, y le gustaba bajar la basura después de cenar y despachar todas las noches, de un trago, un caliche de vino dulce antes de acostarse.

En cuanto a mi madre, poseía todas las virtudes que adornan a una mujer adelantada a su época. Trabajaba –también– fuera de casa, presumía de haberse sacado el carné de conducir a la primera, iba “de compras” ella sola, y se jactaba de tutear a todo el mundo sin pedirles permiso para hacerlo. Pero, además, era coqueta, beligerante y despistada, muy despistada. Mis hermanas y yo aun nos reímos a carcajadas cuando recordamos el día en que buscaba con desesperación por toda la casa a la más pequeña. El tiempo se le echaba encima porque perdíamos el autobús, y ella, cada vez más angustiada, continuaba buscándola sin darse cuenta de que la llevaba de la mano desde el principio.

Y luego están ellas ¡mis adorables hermanas! Dos presencias luminosas en el cielo constelado de mi infancia, dos diosas griegas envueltas, como yo, en un cierto aire de melancolía. Bien dicen que los hijos de madres hermosas suelen tender a lo melancólico. Ejercían de gemelas sin serlo. De pequeñas, se parecían tanto que hasta mamá confundía a veces sus nombres, y en el colegio, podían intercambiar sus respectivas aulas de diferentes cursos sin que las monjas lo notaran. Dormían en la misma habitación, compartían ropa y muñecas, saltaban juntas a la comba, merendaban al mismo tiempo e iban, como he dicho antes, al mismo colegio –solo para niñas– con un nombre tan marcadamente oscuro y

claustrofóbico que jamás he podido olvidar: *Religiosas Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad*. De niños, nos llevábamos todo lo bien que podían llevarse tres hermanos de edades similares con gustos parecidos, aunque en ocasiones, nos disputábamos un cetro vacante que, en ausencia de nuestros padres por trabajo, nos postulaba como dueños del gallinero.

Por lo demás, éramos una familia al uso y felizmente parecida al resto de familias felices. Circunstancia esta que ya explicó Tolstói con contundente economía de lenguaje en la primera línea de su *Ana Karenina*. Vivir en un barrio “obrero” –como gustaba decir a mi padre–, era vivir en un lugar humilde pero saludable donde lo próximo estaba muchas veces, aunque fuera de forma inadvertida, cerca de lo fraterno. Nuestros padres nos daban más, mucho más, de lo poco que a veces podían darnos –hablo de lo tangible–. Pero nos daban todo, absolutamente todo, lo que de intangible cualquier hijo podía demandar. Nunca íbamos a restaurantes de playa, nosotros éramos más de gaseosa, porrón de vino y tartera llena de pechugas con pimientos o empanada de atún, siempre acampados cerca de la orilla, bajo una sombrilla de la Caja Rural.

Nuestra infancia transcurrió de forma lenta e irracional. El colegio nos dio conocimientos precisos, pero la ética de la bondad y la empatía la adquirimos por ósmosis de tanto juntarnos unos con otros en la calle o en los parques. Éramos niños asombrados de serlo que compartíamos las chucherías y los polos de menta o de limón con los amigos y los hermanos. Éramos los que, en Navidad, cantaban el aguinaldo ante las puertas de los vecinos del edificio donde vivíamos, para sacarnos unas pesetas. Nunca tuvimos un *Amstrand*, ni tele en color, ni mucho menos reproductor *Betamax*. Éramos de los que crecimos sanos y fuertes a base de macarrones con tomate *Solís* y tortilla de patatas. Éramos de los que recibíamos juguetes que valían más por el esfuerzo en obtenerlos que por su precio real. Nunca tuvimos

demasiado de muchas cosas, y, sin embargo, éramos de los que, sin saberlo, lo teníamos todo.

Ese año, los bajos del coche casi rozaban con el suelo. Además de las maletas, transportábamos una tabla de surf –hecha a mano por mi padre–, dos arpones, el balón de *Nivea*, la sombrilla y dos sillas de playa; así que hubo que llevar algún bulto junto a los pies. Hablar de aire acondicionado en aquellos tiempos era como si hoy en día habláramos de viajes interplanetarios a Urano o de la erradicación del hambre en el mundo; con lo cual, el calor sofocante y pegajoso que se colaba por la rendija de las ventanillas entreabiertas solo era amortiguado por un pequeño ventilador de aspas que papá había instalado en el salpicadero la noche anterior. En fin, nada que no hubiéramos vivido otros años por esas mismas fechas.

Pero en ese viaje ocurrió algo imprevisto. Al llegar a Madrid, un poco antes de entrar en la M30, mi padre me pidió que intercambiase con mamá los asientos y fuera yo quien ocupara el del copiloto. Había dibujado días antes en un papel, un mapa a modo de itinerario lleno de flechas, puntos, rayas y círculos concéntricos con el que pretendía orientarse y salir de aquel laberinto de alquitrán y cemento sin perdnos, tal y como sucedía cada año cuando entrábamos en él. Mamá se mareaba si leía con el coche en marcha, por eso me pidió a mí que ocupara su lugar mientras atravesábamos la capital. Me dio el papel con el mapa manuscrito, puso su mano en mi nuca, luego rodeó mi cuello con dulzura y me dijo (en realidad nos lo dijo a todos con esa voz cantarina que ponía cuando estaba eufórico), *Ya huelo el salitre. Este año sí que sí, en 6 horas, atrapando pulpos en el malecón de “La griega”*.

El mapa de mi padre con las indicaciones a lápiz nos ayudó a atravesar Madrid con relativa facilidad y, sobre todo, a elegir la salida correcta de la M30 y encarar la nacional I de La Coruña a la primera. El destino, viéndose burlado, lo que hizo fue reventar una de las ruedas traseras del coche a la altura de Benavente. Eso nos obligó a detenernos en el arcén para arreglar el desperfecto y, en consecuencia, demorar la llegada al pueblo cuando ya nos las prometíamos felices. Los “Miguelitos” de La Roda cumplieron con su función de saciarnos el hambre en mitad de un páramo, y de paso, distraer nuestro cansancio mientras mi padre arreglaba el desperfecto. Hay que reconocer que el hombre era un optimista recalcitrante. Su naturaleza le impedía venirse abajo en momentos de dificultad y extraía, del hecho negativo, la parte más positiva.

–Siempre es mejor –decía, mientras cambiaba el neumático– tener algo que contar a la vuelta ¡aunque sea tétrico! Versión paternal (es decir, muy de mi padre) del famoso “Mejor que hablen de uno, aunque sea mal”.

Sin ese afinado sentido del humor él nunca hubiera sobrevivido a las dentelladas de la realidad, que, en su caso, no siempre era amable. Nos lo dijo mamá cuando lo ingresaron de urgencia en el cardiovascular de Alicante a mediados de octubre de ese mismo año. Mi padre, enfermo crónico de asma bronquial desde niño, sabía, porque el neumólogo así se lo había transmitido en la consulta a la que acudió poco antes de iniciar el viaje al pueblo, que su capacidad pulmonar estaba por los suelos y que la insuficiencia respiratoria le había provocado un edema. El neumólogo le prescribió un tratamiento pautado e intenso y le dijo, muy sentencioso, que por más esmero que pusieran de su parte los especialistas, o más se afanase él en cuidarse a sí mismo, no le auguraba demasiadas posibilidades de llegar a final de año. El médico prefirió ser rotundo en su diagnóstico para no engañarlo. Mi padre

salió de la consulta cabizbajo. En casa no dijo nada. Se lo quedó todo dentro, como su asma, para que nosotros pudiésemos seguir respirando.

Unas canciones entre pegadizas y repetitivas acompañaron aquel año nuestro periplo por autovías y carreteras nacionales mientras surfeábamos badenes, trazábamos curvas y deglutíamos kilómetros. No era exactamente la música que nosotros hubiéramos puesto en el radiocasete, pero a quien conducía el coche esas canciones lo mantenía en alerta y eso era lo importante. Escuchamos grandes dosis de Elvis, rock sinfónico, alguna ranchera y, sobre todo, mucho *Hey Jude*, mucho *Let it be*, mucho *Penny Lane*, mucho *Magic Mystery Tour*... Mi padre decía –exagerando un poco– que, desde Bach, el ruido y la mojigatería se habían adueñado del espacio musical, y que, para él, descubrir al cuarteto de Liverpool había supuesto un milagro y casi una epifanía. Lo cierto es que The Beatles acomodaron acordes y disonancias a los gustos musicales de una generación –como fue la de mi padre–, deseosa de expresarse a través de un lenguaje fresco e innovador. Todas esas canciones conforman ahora el rastro sonoro que sigo, como si fueran miguitas de pan, cuando trato de evocar aquellos momentos.

A media tarde dejamos atrás la llanada y comenzamos a subir prolongados puertos de montaña. Si el 124, azul metalizado, hubiera podido quejarse alzando la voz, lo habría hecho. Y a su manera lo hizo cuando las bielas se pusieron de un rojo llameante tirando a incandescente y la aguja del indicador de la temperatura del agua se disparó hasta casi reventar el cristal. Era como un cuerpo humano diciendo que nos parasemos, porque ya no podía más.

Aún nos quedaban los últimos 100 kilómetros, cuando comenzamos la ascensión del mítico puerto de Pajares, una estrechísima carretera de alta montaña que unía, y la vez, separaba Asturias del resto de la península. No había otra forma de entrar en la región que trazar con parsimonia los serpenteantes y vertiginosos repechos de ese coloso. Para mi padre, el Pajares era frontera y símbolo. Atravesarlo suponía traspasar la puerta de entrada al paraíso, acceder a una nueva y celebrada dimensión, conquistar una suerte de orgullo regionalista. Para él, todos cuantos vivíamos de Asturias hacia abajo, pertenecíamos a la España *subpajariana*.

Al alcanzar la cima, el sol de uña que nos había acompañado desde casi el comienzo del viaje se disolvió de golpe y se levantó una niebla espesa de forma lenta y perezosa. La temperatura bajó varios grados, el aire se endureció, el asma de mi padre hizo que se le acelerara la respiración y, al poco, empezó a toser con insistencia. Mi madre le acercó a los labios un termo con agua, al tiempo que nos lanzaba una mirada asesina para que dejáramos de alborotar y permaneciéramos en silencio. Dio tres o cuatro sorbos a aquella especie de cantimplora del futuro, nos dijo que subiéramos las ventanillas, presionó el botón de la luz de antiniebla y pegó su pecho al volante, en un gesto de concentración extrema que no abandonaría hasta finalizar el descenso del puerto.

Las cuentas estaban claras, si el coche aguantaba sin nuevos calentones y la tos de mi padre no reincidía, nos quedaba una hora escasa para llegar al pueblo.

Ahora pienso en lo duro que resultaba para él convivir con la enfermedad y cómo su indisposición afectaba al entorno. Para nosotros no era fácil acostumbrarse a esos ataques de tos seca debido a la falta de aire en los pulmones. Cada expectoración suya era un latigazo en nuestro precario afán por ayudarlo. Verlo boquear como a un pez fuera del agua nos

provocaba impotencia, desasosiego. Mi padre decía que visto desde fuera no estaba mal ser él, aunque solo él sabía lo complicado que podía ser, ver y vivir la vida desde sus adentros. Cuando el achaque remitía y el padecimiento pasaba a modo tregua, todo volvía a su habitual estado de normalidad. Como así fue en aquella ocasión.

Por fin encaramos el último tramo del viaje. Y lo hicimos en el instante mismo en que la tarde comenzaba a declinar. A Lastres se llegaba entonces por una carretera rota. Recuerdo los bordes mordisqueados por la maleza, y en el pavimento, pequeñas ramificaciones socavadas que más parecían heridas vaciando su lecho de continuidad para llegar a lo más recóndito del cuerpo. Era como si la naturaleza se revelara y tratara de reconquistar la tierra sepultada bajo capas prensadas de alquitrán. Recorrer la estrecha vía que nos conducía al pueblo suponía trazar despacio sus sinuosas curvas, reducir la marcha y bajar la ventanilla a tope para que el olor a eucalipto nos empapara. A ambos lados de la carretera se veían algunas casas salpicadas sobre un valle que reverdecía entre escarpados montes. Eran pequeñas aldeas unidas a través de una historia común, ya fuera el margen de un río, una cuenca minera, un faro, una orden religiosa o un antiguo concejo. Mi padre dijo entonces que si desandábamos la historia, con toda probabilidad, todo aquello que parecía distante y extraño en la inquebrantable quietud del anochecer, aparecería ante nuestros ojos descreídos formando un halo de luz perfectamente reconocible. Entonces, de las nubes mandarina del crepúsculo surgieron unas gaviotas con su vuelo elegante, aunque desordenado, que comenzaron a graznar dándonos la bienvenida.

Al entrar en el pueblo, este se mostró desdibujado por una fina cortina de lluvia, deshabitada y muda. Después de quince horas, coronábamos triunfantes ese rincón de Asturias donde una vez mi padre fue niño y joven, donde una vez, mi padre, a quien solo le bastaba un río, un mar, un valle y un monte, fue feliz.

Lo primero que hicimos al día siguiente, nada más levantarnos, fue acercarnos al cementerio y visitar los nichos de mis abuelos, en un ritual que repetíamos de forma invariable desde la muerte de ambos, cinco años atrás. Mamá depositó unas hojas de laurel sobre el frío mármol y mi padre balbuceo en un tono elegíaco un breve responso. A continuación, abandonamos el pequeño huerto de cruces y nos dirigimos a la terraza del *Cafetín* para dar cumplida cuenta de un reponedor desayuno a base de tostadas, *frixuelos* con miel y vasos de leche recién ordeñada.

Mi padre se pasó todo ese mes embutido en un pantalón corto salpicado de una variopinta gama de colores que, sin duda, simbolizaban la alegría de vivir que le rebosaba desde dentro. La vida era para él un intervalo primaveral en medio de una estación sospechosamente fría llamada eternidad y creía firmemente que no importaba tanto lo mucho o lo poco que ésta durara, porque para él lo importante era la intensidad con la que alcanzábamos a vivirla. La vida nos parecerá larga –decía– si nos fijamos en la del gusano de seda, pero extraordinariamente corta si la comparamos con el infinito. Conmovía verlo abrazarse por las calles del pueblo a antiguos compañeros de escuela o compinches de correrías que, en sus años mozos, y al igual que él, se habían creído inmortales.

A pesar de su precaria salud, no dejó de bregar con nosotros ni de nadar casi a diario desde la ensenada del rompeolas al espigón del muelle. Despacio, deteniendo sus brazadas a cada poco para tomar aire. Durante aquel verano nos enseñó algunas artes de pesca con distintos aparejos, palangres o anzuelos; y también, a realizar complicados nudos de marinería.

Cuando nos hacíamos a la mar, siempre a bordo de un pequeño bote de remos que uno de sus primos tenía amarrado en la bocana del muelle, llenábamos de pulpos un enorme caldero de latón, pero si en la malla quedaban apresados cangrejos o minúsculos sargos, nos hacía devolverlos al agua de inmediato. Y nos enseñó también a improvisar un balancín a modo de columpio entre dos árboles, con el que mis hermanas y yo nos pasábamos la tarde surcando el cielo por turnos. Hoy pienso que la memoria de la infancia es probablemente ese columpio varado en mitad de una espesa bruma, donde el tiempo se mece recordando quien fue.

Todos los días, después de comer, mi padre salía a dar largos paseos por las laberínticas veredas y los estrechos pasadizos de un Lastres perfectamente reconocible. Era como si el pueblo solo existiese para que él hubiera andado sus callejuelas adoquinadas en un momento determinado de su vida y, demorándose ese verano en alguno de los muchos promontorios con saliente que miraban de frente al mar, se dijera a sí mismo eso que tan a menudo nos repetía a nosotros: *la belleza da ganas de vivir*.

El día antes de regresar a Alicante subimos juntos, partiendo de la bocana del muelle, las nosequantasmiles de escaleras de piedra y musgo que recorren la empinada cuesta que lleva a la ermita de San Roque, situada en la parte más alta del pueblo, en un campo de helechos que se precipita hacia unos acantilados, desde los cuales, se contempla con nitidez el inmenso desierto azul que baña aquellas costas. De pronto, un viento emboscado de levante comenzó a soplar con fuerza. Las hojas de los hayedos y de los eucaliptos se agitaron e iniciaron un inquietante diálogo con él en un lenguaje cifrado que solo ellos dos parecían comprender. Mi padre, con la mirada fija en un punto impreciso de aquel inmenso piélago, aspiró el aire con una fuerza tal, que sus pulmones se expandieron como una gaita y, en ese instante, notó

como el mismo viento que en la parte alta del pueblo balanceaba las copas de los árboles, removía el mar en la parte más baja, y además, lo encrespaba. Entonces dijo con voz rotunda algo así como que en la vida era importante aprender a descifrar los silencios y que pelear contra la marea que crece, suele terminar de manera infructuosa.

Al descender de nuevo la prolongada escalinata que conducía al muelle me pasó el brazo por el hombro, pero no dijo nada. No quería hablar de aquello que él y los árboles hablaron en silencio entre ellos. Supuse que ambos se estaban despidiendo. Los árboles de él, y él, de la vida.

Para mí, aquel verano será ya para siempre el de la festiva coronación de los sentidos, el de la dicha concentrada y el verde vietnam de los campos de algas a ocho o diez metros de profundidad o el sabor a salitre de los amaneceres. El de los pasacalles, las bajamares, las romerías, la subida del Santo, el cabrilleo tembloroso de las olas, el vermut rojo, la sidra escanciada, los bígamos, los cacahuets y las *Mirindas* de naranja en el aperitivo, las tardes con olor a duermevela, las puntuales subastas en la lonja de lubinas, langostas o bocartes recién pescados, las colonias de gaviotas cercenando el aire con su estridente quejido o los paseos por caminos empolvados en los que nos deteníamos –los cinco juntos– a coger moras o a perseguir mariposas, ante la atenta mirada de vacas y terneros.

El último día de agosto, de madrugada, metimos todos los trastos de nuevo en el coche. Dos maletas llenas de ropa sucia y arrugada, las sillas de playa, los arpones, la sombrilla, el balón de *Nivea* desinflado y una caracola gigante para seguir escuchando desde la distancia el bramido de ese mar cantábrico donde nos habíamos sumergido tantas y tantas tardes. Es posible que lleváramos más cargada la cabeza de imágenes y el corazón de emociones, que el maletero de bultos y cachivaches. El coche inició la marcha entre una niebla dispersa

dejando atrás la silueta de un pueblo todavía dormido. Mi padre no abrió la boca hasta que, muchos kilómetros después, dejamos atrás el puerto de Pajares y enfilamos las interminables rectas asfaltadas de la vieja Castilla, rumbo al mediterráneo.

–*Volvemos a casa* –recuerdo que dijo, sin demasiado énfasis.

Mi padre lo llamó “el doloroso regreso”. Hoy sabemos que para él se trataba de volver a un lugar mucho más alejado de una simple referencia territorial y que la vuelta al hogar suponía, sobre todo, un regreso a la semilla.

El primer día de noviembre de aquel mismo año, la arena de su reloj dejó de caer. Supo que se marchaba de este mundo sin haber llegado a su particular Ítaca, pero consciente de haber hecho algo relevante antes de irse. Y lo hizo precisamente durante el viaje al pueblo de ese verano cuando nos mostró la manera de iniciar el nuestro, y nos enseñó a recorrerlo desde el más libre de los albedríos posibles, y también, a tripular la nave con maestría para que pudiéramos llegar a buen puerto. Y lo hizo sin aspavientos, sin necesidad de desvelarnos grandes misterios.

Ahora, siempre que viajo, recuerdo aquel verano del 74 de camino al pueblo. A mis hermanas tateando en un inglés muy de “Las Baccara”, el *Strawberry fields* de Beatles; a mi madre, con el paquete de “Miguelitos” bajo el asiento, el pañuelo de lino envolviendo su pelo lacio y unas enormes gafas de sol cubriéndole la cara; y recuerdo a mi padre manejando con una mano aquel coqueto Seat 124, azul metalizado, y abrigando con la otra mi cuello caliente mientras nos apremiaba, en pleno túnel de la M30, para que fuéramos sacando los bañadores y preparando el pincho de atrapar pulpos, porque él ya comenzaba a oler, a pesar de la distancia, el salitre de los algares en el malecón de *La griega*.

PREMIO RELATO MONEGRINO

CHANSON FRANÇAISE

Romanceaba la vieja en la soledad de su casa. Miraba los tarrizos con la tierra seca, blanquecina, con algún nudoso tallo que asomaba como los dedos de un muerto. Recordaba las rosas trepadoras agarradas a la pared, su olor en abril. En un rincón, oxidado, cosido por las arañas, el pozal con el que regaba. Recordó al hijo, sus pestañas oscuras, su cuadrado mentón, delgado, tan diferente del padre. Un hijo tardano, que llegó cuando ya los abrazos eran flojos. Suspiró. Se restregó una mano contra la otra, dio una palmada fuerte. “Se acabó”, dijo. Soltó una bolsa atada al manillar de la bicicleta y dio la vuelta a la casona.

Le dolían las rodillas, crujían como puertas sin aceite. Subió renqueando al palomar. “Solo dos”, dijo al ver los pichones, sus ojos llorosos brillando en la sombra. Echó unos puñados de maíz en el comedero, levantó la cabeza para contar las palomas. “Cada vez menos”. Bajó uno a uno los peldaños y se sentó en la cadiera. Escuchó silbar al viejo. Apareció al fondo del camino, con un manojo de gangas colgando de una mano. Se levantó muy temprano, como todos los sábados y domingos. Silbaba si había caza. Si no la había volvía enfadado, ceñudo, y mataba un par de pichones para sentirse tranquilo. A la vieja le molestaba que hiciera tal cosa. Los pichones eran del hijo, como las rosas.

–Cuatro –dijo el hombre soltando las piezas sobre la mesa del patio.

–Para cuatro días –dijo ella. Se levantó, las cogió por el nudo y se las llevó a destriparlas.

Encendió el fogón. Escuchó al marido sorber de la pipa. El tabaco estaba seco. Puso agua a hervir. Desde la ventana miraba el camino, blanco, polvoriento.

Tiempo atrás sembró geranios a los lados. Sabía que no durarían, pero a su hijo le gustaban las flores. Y las palomas. Echó agua caliente en el fregadero. Sumergió un ave. Al poco, comenzó a desplumarlas, sin mirar. Pellizcaba las plumas y las lanzaba al suelo. No sabía por qué le gustaban las flores. El padre carrañeaba. “No es cosa de hombres”, decía. Y el mozo parecía no entenderlo, o lo ignoraba. Y subía entonces al palomar y hablaba a los pichones, así como si fueran personas. Les ponía nombres propios, nombres de estrella sacados de un libro de su primera comunión. “Cástor, Pólux, Sirio, Orión...” El padre se enfurruñaba. Creía la vieja que muchas veces mataba las gangas y las escondía. Volvía de vacío de la laguna, subía al palomar, y cortaba el cuello de dos pichones. Cuando el mozo volvía del colegio, sin dejar los libros, subía la escalera, contaba sus estrellas. Si echaba en falta decía: “Padre, faltan dos”. El padre sorbía de la pipa, tosía del picor. “No es cosa de hombres”, respondía. El chiquer se enfadaba, se coloreaba su rostro, se limpiaba los ojos con el dorso de las manos.

Sobre la encimera, los cuellos de dos gangas colgaban del borde del fregadero. Aves hermosas, de líneas oscuras pintadas en pechos de teja. Sus lenguas de pincho asomaban del pico con mueca de risa. Los pies iban y venían, tejían en el suelo una alfombra de plumas mojadas. El vapor empañó los cristales. Los limpió con la manga. Miró entonces al camino, su trazado confuso en la tierra removida. En las curvas crecían rojos ababoles. Dos años hacía que se marchó, con las manos vacías. Una mochila, todo lo más, algún libro, y el poco dinero que ganara en el secadero.

Destripó las aves. Las lavó bajo el grifo. Puso una a guisar. Comieron. A la tarde, el marido marchó al bar, al dominó. No dijo adiós. Dejó el plato sucio en el fregadero, se limpió la boca con el trapo húmedo y ahuecó las cuentas de la cortina para salir entre ruidos de sonajero. Todas las tardes salía más o menos a la misma hora. Más o

menos con la misma ropa. Más o menos sin despedirse. Los hábitos tenían el ritmo del sol y el rigor de las misas. Solo cambiaban los días de fiesta, o de lluvia, o cuando alguna enfermedad los acuciaba. Volvía ya tarde, a la hora de recoger al ganado.

La vieja se sentó en la butaca del salón, junto al aparato de radio. Hacía buen tiempo, no necesitaba encender la chimenea, ni taparse el regazo con una manta. Puso en marcha el casete. Le gustaba escuchar música, *Chanson Française*. Yves Montand, Jacques Brel, Edith Piaf. *Ne me quitte pas*. No se dormía si escuchaba música. No sabía francés, pero le parecía elegante escucharlo. Pensaba en el chico, lo imaginaba echando pozales de agua, llamando a las palomas con sus nombres propios. Apenas quedaban palomas, de tantas que había sacrificado el viejo. Un día ya no habría macho, o no habría hembra. Entonces el palomar no sería más que un cuchitril con un suelo de plumas y excrementos, tan seco como los tarrizos de rosas.

Esa tarde se durmió.

La despertó el marido.

–Ya de vuelta –dijo.

Lo escuchó abrir la nevera, cortar el queso sobre la tabla, el gorgoteo de la botella de vino llenando el vaso.

–¿Cenamos? –preguntó.

La vieja apagó el casete.

–Voy.

Llenó un vaso con agua de grifo. Se sentó a su lado. Él le dio un pedazo de queso entre el dedo gordo y el cuchillo.

–Siempre escuchas la misma música.

Ella se encogió de hombros. Bebió del vaso. Algún grillo comenzó a cantar.

–¿No te gusta?

Él, sin terminarse el bocado, farfulló:

–Claro que me gusta. Pero es música triste.

–¿No te gusta la música triste?

–Prefiero más alegre. Como los grillos. La música de los grillos es alegre –
dijo girando la cabeza hacia la ventana.

–Aquí no hay alegría –respondió la mujer apagando el sonido de la última sílaba.

–¿Cómo?

–Alegría. No hay alegría.

El hombre tragó sin masticar. Sacudió la cabeza.

–Vale ya –dijo con la voz engolada, la comida aún a medio camino del estómago–. No tenía rasmia el chico, no tenía talento, farfallaba... no buscaba mujer.

La vieja bebió agua. Mantuvo el vaso en alto. Observó a su marido a través de la curvatura del vaso. Lo vio deformado, ceñudo. Se mantuvo así un largo tiempo, recreándose en esa imagen empañada.

–Eres un piazó barro –dijo.

Cuando terminaron limpió el hule, cerró los pestillos, llenó una jarra con agua para llevarla a la habitación.

–Mañana mato cuatro corderos –dijo él–. No hace falta que vayas.

–Iré.

Pero no fue. Cuando se levantó, su marido ya se había ido. La casa olía a

café, a pan tostado, al Varón Dandy que él se esparcía sobre el mono de trabajo. Se preparó un café con leche, puso pan a tostar. Mientras, se cambió de ropa, cogió una pastilla para la artrosis. La casa olía ahora a pan quemado. Desayunó. Se anudó un pañuelo en la cabeza y subió a la bicicleta. En la cesta del manillar llevaba una bolsa de compra y una botella de agua. “No sé hasta cuándo”, pensó, porque le dolían las rodillas, y ya no sabía si crujían ellas o la cadena de la bicicleta.

Al poco llegó al pueblo. Entró en una tienda, con un cartel comido por el sol donde se leía: “*ULTRAMARINOS LOLA*”.

La saludó una mujer, de ojos muy abiertos y cara de luna.

–Dame maíz –pidió la vieja mientras se ajustaba el pañuelo–. Un kilo.

Abrió la mujer la boca de un saco, vertió en una bolsa.

–Parece poco –dijo.

La vieja apretó los labios.

–Sí –respondió–. Quedan pocas palomas.

Se llevó de nuevo las manos al pañuelo, deshizo el nudo, volvió a hacerlo.

–No lo has visto. ¿Verdad? –preguntó de seguido–. El chiquer...

–¿Al mozo?

La vieja asintió.

–No. Lo siento.

A la vuelta le dolían más las rodillas. Hubo de bajar un par de veces de la bicicleta, recorrer el camino andando. Cuando llegó a casa vio la camioneta del marido. Se asustó, porque no le parecían horas. Colgó la bolsa del maíz de una tacha y entró en la casa.

–¿Qué pasó? –preguntó al verlo mohíno, sentado en la butaca del salón, con la pierna en alto. Un desconocido sentado a su lado.

–Bajando del camión a los corderos. Esbaricé. Me he roto la pierna.

–La pierna.

–Sí. Me trajo él –dijo señalando al hombre pequeño y calvo, con los dedos entrelazados sobre las rodillas–. Ahora vienen a buscarlo.

–Estamos buenos –dijo la vieja.

Salió a por la bolsa. Dio la vuelta a la casa. Subió la escalera del palomar.

“Ahí están”, dijo, contenta porque veía brillar los ojos oscuros de los pichones.

Por las mañanas, sola, la vieja acudía al corral. Lo limpiaba con badil y rastrillo. Llenaba de hierba los comederos. Vertía agua en los pilones. Volvía a casa agotada, dolorida. Se olvidaba de quitarse el pañuelo. Arqueaba la espalda con ayuda de las manos. Cerraba los ojos.

Al término de una semana se sentó junto al marido. Puso en marcha el casete. Escucharon *Chanson Française. Ne me quitte pas.*

–Es una música triste –dijo él.

–Ya dijiste que prefieres los grillos.

Él se removió. Parecía molestarle el mimbre del asiento. Frunció el ceño.

–Creí que era cosa de mujer –dijo.

La vieja pensó en sus palabras. Veía a su marido como en el vaso: desdibujado, sin rostro, sin nombre.

–Pero te gusta –dijo al cabo de un instante.

–Sí.

Algunos días después el viejo se levantó muy temprano. Cogió la escopeta.

La canana. El morral. Una botella de agua. La mujer se despertó.

–No estás curado.

–El lunes empezaré a trabajar.

El lunes la vieja cogió la bicicleta. Bajó al pueblo. Compró maíz.

–¿Has visto al chiquer?

–No –le daba pesar a la tendera. Pasaba el borde de la mano por el mostrador, limpiando migas que no existían.

Las gangas colgaban de un gancho en la cocina. Se le había olvidado limpiarlas. Se llevó las manos a la cabeza. Puso agua a calentar. Mientras tanto, salió al patio, se sentó en la cadiera. Un faracho zigzagueaba en las arrugas de la pared, detrás de una araña. La siguió por el suelo, a los tarrizos. Trepó por ellos. La mujer se enderezó. Abrió los ojos de par en par. Se levantó del asiento. Los tallos habían reverdecido, aumentado de tamaño. Unas minúsculas hojillas dentadas refulgían a la luz, colgaban del tallo como tiernos sarmientos. Miró el pozal: limpio, con restos de agua.

Se apresuró al palomar. Subió la escalera. Vio el comedero hasta el borde de maíz. Contó las palomas: “Cástor, Pólux...” Unos ojos brillaban en un rincón. Ojos pequeños, sobre amarillas boqueras. “Ahora hay cuatro”, dijo, “cuatro estrellas”. Bajó rápido. Entró a la cocina y se anudó el delantal. Desplumó las gangas, las destripó. Espiezó una y la puso a guisar. El viejo llegó a la hora de comer. Se lavó las manos en el fregadero.

–¡Ay! –exclamó al acercar la silla a la mesa–. Aún me duele... la cabrona.

Se acarició la rodilla. Frunció los ojos. Cerró las manos cuando la mujer le puso el plato.

–Huele muy bien.

Ella ignoró el comentario. Se sirvió su plato y se sentó. El silencio hablaba con zumbidos de mosca, con gorjeos de aucas en la laguna. Veía el vapor alzarse sobre la comida, dibujar en el aire el contorno de un rostro, de ojos redondos, de mentón prominente. Las rosas habían brotado, las palomas criaban, el comedero estaba lleno de maíz. Sintió el impulso de coger la bicicleta, acercarse al pueblo. No había noticia que no llegara primero a los oídos de la tendera. Ella sabía quién entraba, quién se iba del pueblo, por qué se iba.

–No comes.

–No tengo hambre.

Despertó al día siguiente mucho antes que su marido. Olió el café, olió las tostadas, el Varon Dandy. “No voy al corral”, dijo desde su cuarto. Escuchó que la puerta se cerraba. Se levantó de la cama como si ese día fuera diferente, como si el sol brillase solo para ella. Se echó el resto del café, se vistió. Las tostadas se le quemaron. Se apresuró a la bicicleta.

La tendera acudió con el ruido de la puerta.

–¿Ha venido? ¿A comprar maíz? –preguntó de sopetón.

–No. No sé nada.

La vieja miró el saco de maíz abierto.

–¿Y no ha venido nadie a comprar maíz?

–No –respondió la tendera con una sonrisa plana, compasiva, como si perdonase todas las culpas del mundo–. Han venido muchos a comprar maíz. Pero no él.

El rosal se había agarrado a la pared. Una flor apareció entre las hojas. Pétalos pequeños como labios de niños. Espinas diminutas. Puntos amarillos flotando en alambre. Dos nuevos pichones habían nacido. En dos semanas no había comprado maíz.

–Ya de vuelta –anunció el marido.

Ella escuchaba a Yves Montand. El teléfono sonó. “Soy Lola”, dijo, “ha venido. Esta mañana. Preguntó por ti. Lleva semanas trabajando. En alguna granja. Sariñena, o Castejón... no dijo dónde”. La vieja tapó el auricular, chistó con un dedo cruzado en los labios.

Apenas durmió durante la noche. Los ronquidos del marido vibraban en su cabeza. Temió que descubriera sus pensamientos, que averiguara que su hijo había venido. Se le hacía imposible no pensar. Se imaginaba a su hijo regando las plantas antes de que el sol saliera, llenando el comedero antes de que el padre marchara al corral.

Cuando él se levantó ella estaba despierta. Le preparó el desayuno. Se le quemaron las tostadas. El viejo se las comió sin rechistar. Lo vio salir al camino y estirarse del mono por la entrepierna para subirse a la camioneta. Le pareció un bruto, un estómago desagradecido, un hombre sin sentimientos. El olor del Varon Dandy la mareaba. Abrió las ventanas.

Florecieron más rosas. Nacieron más pichones. Decenas de veces escuchó a Montand, *Ne me quitte pas*. Decenas de veces apagó el casete deseando que el mozo llamara a la puerta. Los días se le hacían largos. El sol iluminaba demasiado fuerte, demasiado tiempo. Deseó las noches por la promesa de la mañana. Marchaba a trabajar al corral con la esperanza de verlo cuando volviera. No hablaba apenas con el marido, ni se acercaba a su cuerpo si en la cama él la tocaba. Apartaba una mano que acariciara su hombro, un amago de beso en una despedida. Estaba convencida de que lo sabía. No había secretos en un pueblo pequeño. Temía que encontrara el lugar donde trabajaba, que lo acusara de nuevo, que lo expulsara para siempre.

El rosal era un hervor de flores. El palomar un arrullo perpetuo.

–¡Apártate! –le gritó un día al marido con la cabeza en la almohada, sin mirarle a los ojos.

La tarde en que el mozo entró por la puerta creyó que era un sueño. Lloró sobre su hombro. Recorrió el perfil de su mentón con la punta de un dedo. Empapó su camisa con la humedad de sus lágrimas.

–Mí chiquer... –dijo, con voz temblorosa.

Cocinó una ganga en el horno. Con ciruelas, con puerros, con trozos de manzana para endulzar la salsa. El marido fumaba en el patio, sentado en la cadiera. Miraba a los farachos cazar las polillas. Escuchaba la mujer los sorbidos a la pipa. El tabaco estaba seco. Golpeó el cristal para que entrase a cenar.

–Está buena, madre. Como siempre.

Ella le acarició el dorso de la mano con la suya. Robó su calor, el pulso de su sangre.

–Ha pasado mucho tiempo –dijo.

El compresor de la nevera se puso en marcha. El marido palmeó un mosquito en su cara. Encendió la pipa.

–Sabía que habías vuelto –continuó diciendo–. Las rosas florecieron. Nacieron muchos pichones. No hacía falta que la tendera me lo dijera. Pensé que comprabas el maíz en otro lugar, que regabas cuando íbamos al corral.

El mozo miró a su madre, miró a su padre. Lo vio viejo, canoso, uncido por los años.

–Madre –dijo–. Yo no he llenado los comederos. Ni he regado las rosas.